

Narrativa

Inventario de Realidades y Sensaciones

La vida cotidiana de una ciudad pequeña descrita por **García Ortega**.

NARRATIVA. **CAFÉ HUGO**. ADOLFO GARCÍA ORTEGA
OLLERO & RAMOS. MADRID, 1998
414 PÁGINAS. 2.800 PESETAS

JAVIER GOÑI

La ciudad ni levita ni sestea; en todo caso V***, esa Valladolid que tanta suerte tiene con sus paisanos escritores (*Café Hugo*, con honestos codazos, se ha puesto a la par con algunas novelas provinciales de Miguel Delibes), esa V*** aguarda en ese café vetusto, que se cae a pedazos, a que llegue el esperado y, de paso, el eclipse. El fenómeno solar está previsto para el día siguiente; la llegada del esperado, de ese Raúl, ese (supuesto) cantante de ópera de (supuesta) gira por América y de (supuesta) fama mundial, para esa misma noche, lunes, 7 de marzo de 1966.

Poeta y editor, cultivador de aforismos y reflexiones, traductor y narrador, Adolfo García Ortega (Valladolid, 1958), que con su libro anterior, *Los días rusos* (Pre-Textos, Valencia, 1996), tres novelas cortas hilvanadas con una misma mirada y parecida sensibilidad, ya había sorprendido por la calidad de su escritura y pulso literario, ha escrito ahora una magnífica novela coral en la que los deseos y los sueños, las realida-

des y las sensaciones petrifican a un puñado de seres a la deriva que coinciden en esa noche mágica, trágica o esperanzadora (el naufragio es el mismo, pero a cada uno le está determinado un destino y un tablón al que asirse o soltarlo propiciando su desgracia o su salvación).

Hay un mural que preside ese Café Hugo, y que se titula *El aire de las cumbres*; un mural que si se le limpia de mugre en un higiénico *pentimento* dejará ver unos rostros, algunos de ellos identificables. Ese mural es metáfora de ese universo cerrado, al que García Ortega le pasa la lente de aumento para escrutar el interior de esas vidas, rebuscar entre sus secretos y frustraciones. Al autor le gusta pensar, al ver a sus personajes, en la nave de los locos, pero también cabe pensar, además, en una estación que, entre la niebla, no va a ninguna parte, con unos raíles que no conducen a ningún sitio y con un tren, al que subirse, si llega (Raúl, el esperado, el eclipse que nada solucionará). Son seres a la deriva que esperan un imposible, heridos todos por esa realidad que nunca es la que se sueña; todos, en fin, varados en el pegajoso asfalto de la vida rota con promesas que no se cumplen y ansias que se escapan de entre los dedos como esos globos que huyen siempre de la mano torpe de un niño endomingado. Y para todos ellos tiene García Ortega una pince-

lada, que en lugar de cubrir, desvela. En *Café Hugo* todo aparece vivo y agrandado gracias a la lente de aumento que les pasa por sus almas García Ortega, quien se comporta como un estupendo director de orquesta, pues ninguna de las muchas historias que se cruzan no sólo no desentonan, sino que ninguna es menor. Tras varios libros narrativos, García Ortega que en *Mampaso*, una novela mucho más breve, menos intensa y ambiciosa, ya había situado su lente en la V*** de los años cuarenta, con una historia de falangistas, exhibe ahora un espléndido momento narrativo, y del que es prueba la seguridad con que baraja sus historias; dejando a la vez que en un paisaje claramente realista se cuelen de acertado aliviadero elementos fantásticos, como esa silente doña Nativa que de inicial homenaje a la dueña de *La colmena*, de Cela (lo hay en esa coralidad de mesas de mármol y de vidas sombrías mediocres), acaba siendo la espada justiciera que corte el nudo gordiano de esas vidas, y junto a doña Nativa, el niño Edgar, un acierto de personaje misterioso y mágico que no pasa inadvertido. En *Café Hugo* se habla lo estrictamente necesario, pero a todos los personajes se les desborda la lava que arrasará con todo esa noche interminable, víspera del eclipse que apenas se vio al día siguiente en V***, una ciudad que ni levita, ni sestea.